



### CAPÍTULO XIII

#### EL DUQUE DE HIERRO

**F**UERON tomadas todas las precauciones con tanta urgencia, que ella hubiera sido inconveniente de no exigirla tan graves motivos. Diez minutos después de haber exhalado Guillermo IV el último suspiro, un carruaje cerrado, de dos caballos, salía del castillo de Windsor y bajaba la cuesta á buen paso tomando el camino de Londres.

Para impedir cualquier probabilidad de que interviniesen los conspiradores, lord Conyngham había puesto armas en el carruaje y ordenado que subiese á la delantera un soldado vestido de paisanó. Tales precaucio-

nes eran inútiles. Extenuado por el largo trayecto y suponiendo á Teddy en salvo y con ánimo de descansar, Sturmer se había ido á una casuca de una de las calles de Windsor, al pie del castillo precisamente, y abandonábase allí á un agitado sueño. El carruaje que llevaba al arzobispo, Conyngham y Hervey atravesó el puente sin el menor obstáculo, y asimismo la calle principal de Eton; y avanzó en seguida hacia la capital.

En tanto, según las órdenes del Chambelán, tomábanse en el castillo las más estrictas precauciones para impedir que cundiese la fatal noticia antes de que los mensajeros hubiesen podido llegar al palacio de Kensington, y concertar con la nueva reina las medidas necesarias contra cualquier pretendiente rival al trono. Dobláronse los centinelas, dióseles la orden de disparar contra quienquiera que se acercase, ordenóse que nadie saliese del castillo, y aun, en lo posible, se evitó que el secreto circulase entre los criados.

Pero estas precauciones suelen ser estériles. Las noticias importantes

que se refieren al destino de los imperios poseen mil recursos misteriosos para darse á conocer. Los centinelas que estaban de servicio en las verjas no vieron una forma furtiva que se deslizaba al pie de una muralla, y echaba un papel delante de la casa donde el agente del duque de Cumberland gozaba un momento de descanso.

Eran casi las dos y media cuando el carruaje que llevaba á los heraldos del nuevo reino, dejando á Windsor, penetró en la campiña. Cuando llegaron á Hounlow, una débil claridad bermeja que se extendía en el cielo enfrente de ellos, anunció el día; y el astro rutilante doraba ya los tejados y los campanarios de Londres cuando el cochero detuvo el tronco lleno de espuma ante las puertas del palacio que Hervey abandonara seis horas antes.

Durante el trayecto los tres personajes habían discurrido las providencias que deberían tomar á su llegada. Resolvióse que el Arzobispo y el lord Chambelán bajarían en Kensington y encargarían que se despertase á la joven reina, y que Hervey

en tanto iría derechamente á la casa del duque para pedirle consejo y solicitar su poderosa intervención.

Teddy se asombraba de que no se le hubiese ocurrido la idea de ir á hablar al héroe de Waterloo. Cierto que en aquella época el duque de Wellington no disfrutaba cargo alguno oficial en el reino, á menos que se considere tal el título de jefe de los Pares conservadores. Cierto asimismo que su carrera política le había quitado el favor de que gozara en el ánimo del pueblo. Pero la fidelidad de esta parte de la nación estaba ya asegurada á la nueva soberana. Precisamente se trataba de asegurar el concurso del partido que capitaneaban sir Roberto Peel y el duque, porque sólo su fidelidad parecía dudosa. Además, el nombre del duque y su ejemplo decidirían la conducta del ejército. Aunque el duque hubiese abandonado desde algunos años el mando supremo del ejército para escalar el sitio de primer ministro, no había podido despojarse de su vieja autoridad y de la veneración que el espíritu de los solda-

dos llevados á la victoria conserva hacia su gran general.

Teddy recordó las alusiones significativas que se hicieron al duque en la conversación memorable de la sala del trono. Evidentemente los conspiradores descontaban su neutralidad, pero reconocían con franqueza que su influencia persuadiría á los hombres de que se hallaban más seguros.

El viejo rey había tenido razón. En manos del duque estaba la monarquía en aquel instante.

Cuando el carruaje llegó á la entrada principal del palacio de Kensington, bajaron los dos lores, y el lord chambelán dijo al cochero que se pusiese á la disposición de Hervey y que lo llevase en primer lugar á Apsley House. Luego, en compañía del arzobispo, dió comienzo á la tarea de despertar á la dormida servidumbre de palacio, tarea nada fácil ni agradable. Sólo después de llamar multiplicadas veces fueron admitidos, y aun transcurrió bastante tiempo antes que lograsen del personal que se despertase á la joven señora.

Al fin lord Conyngham se vió obligado á revelar en parte la noticia que deseaba reservar para la princesa en persona.

—Decidle á la *Reina* que vinimos por asuntos de Estado que no admiten retraso—dijo con seco énfasis. Esta vez los criados, estupefactos, fueron á transmitir la comunicación.

Al cabo de cinco minutos se abrió la puerta dando paso á la joven y hermosa Soberana, envuelta en un mantón blanco, y con un chal sobre las espaldas.

Llenos los ojos de lágrimas, pero con harto dominio de sí misma, hasta el punto de sorprender á aquellos personajes encanecidos en la Corte, acogió sus homenajes y escuchó la breve relación de los últimos instantes de su tío.

Sólo les interrumpió para decir con exquisita modestia:

—Os ruego, señores, que tengáis la bondad de sentaros. No he aprendido todavía á ver á mis mayores de pie en mi presencia.

—Señora—dijo el marqués, terminada su relación—es ya necesario que tomemos nuestras medidas para

que apenas vuestros enemigos conozcan la muerte del Rey, os hallen reinando en su lugar. ¿Queréis permitirme que expida desde aquí una comunicación al primer ministro, para que se presente sin tardanza? Me atreveré además á aconsejaros que firméis inmediatamente una orden al secretario del Consejo privado, rogándole que lo reúna aquí inmediatamente.

La joven reina escuchaba con atención.

—Yo os rogaría sin duda que llamáseis á lord Melbourne—replicó.—Pero ¿convendrá que ordene la reunión del Consejo privado sin consultarlo previamente?

El arzobispo respondió á esta pregunta:

—Comprendo los escrúpulos de V. M. Mas opino que las presentes circunstancias os justificaran si no aguardáseis al primer ministro. En caso de transmisión de la corona, el Consejo privado se convierte en autoridad suprema del reino, superior aun á los ministros, y me parece que, ante todo, debéis ponerlos en sus manos.

—Yo asumo la responsabilidad de todo ello si V. M. quiere aceptar mis consejos—agregó el lord Chambelán.  
—Yo me encargo de explicar la urgencia á lord Melbourne.

Victoria inclinó la cabeza.

—Podéis disponer la orden, milord. Yo la firmaré.

Mientras lord Conyngham mandaba un mensajero al primer ministro y otro al secretario del Consejo, Greville, explicábale el arzobispo á la reina que Hervey se había dirigido á Apsley House á asegurarse el apoyo del duque.

La joven reina manifestó otra vez indecisión.

—¿Creéis que el primer ministro aprobará este paso?

—No tengo el menor motivo para dudarle, señora; pienso que en tales circunstancias debemos dejar á un lado las pasiones de partido, y espero que vuestros ministros acogerán, venga de donde viniere, cualquier apoyo que refuerce el trono.

—¿Y que opináis que va á hacer el Duque?

El prelado tomó un aspecto grave.

—Señora, no podemos saberlo

hasta la vuelta del señor Hervey. El rey difunto confió en el duque, y yo me inclino á hacer lo mismo.

La misma pregunta formulada por la reina se dirigía Teddy á la puerta de Apsley House, bañado por el aura fresca de la mañana. ¿Qué iba á hacer el Duque? ¿Rehusaría intervenir entre los dos pretendientes á la corona; rehusaría su apoyo á un gobierno que no poseía su confianza ni su simpatía, que deseaba el advenimiento de una reina que probablemente se convertiría en su enemiga?

Estaba aún perplejo, cuando un sirviente adormilado abrió la puerta poco á poco.

—Deseo ver al Duque inmediatamente—dijo el oficial.—Rogad á Su Gracia que me haga el obsequio de recibirme. Vine por asuntos de Estado.

Esto no pareció impresionar gran cosa al sirviente.

—Su Gracia no recibe jamás á tales horas—respondió malhumorado.—Volved más adelante.

La cólera tiñó la frente de Hervey.

— Subid inmediatamente — insistió — y decidle á vuestro amo que llego directamente de Windsor, y soy portador de un mensaje del Rey.

El sirviente retrocedió despavorido, mientras Teddy entraba resueltamente. Obedeciendo á una mirada furiosa del oficial, desapareció escalera arriba.

Al cabo de un instante volvió con el aspecto muy trocado.

— Tened la bondad de seguirme, señor — dijo respetuosamente, y le acompañó á la presencia del Duque.

Teddy halló al vencedor de Waterloo sentado en una silla primitiva, ante una mesa muy común, en una pequeña estancia sin cortinajes y ocupada principalmente por libros. Con ser aquella una hora intempestiva, parecía que el duque estaba levantado hacía tiempo. Estaba peinado, y recién afeitado. Cuando Hervey entró, el duque puso un papel sobre la mesa y fijó en el muchacho su mirada de águila, con una expresión en que se mezclaba el mandato á la pregunta.

— ¿Vuestro nombre, señor? — preguntó apenas hubo salido el criado.

Cuando Teddy hubo pronunciado su nombre, é indicado el regimiento á que pertenecía, el rostro severo del duque se suavizó notoriamente.

— Tomad una silla, señor Hervey, y decidme cual es el objeto de vuestra venida.

Teddy experimentó la necesidad de abordar directamente el motivo de sus angustias.

— El rey ha muerto esta noche á cosa de las dos de la madrugada.

Wellington retrocedió en su silla.

— ¡Santo Dios! ¡Muerto!

Dejó caer la cabeza un instante y ocultó el rostro entre las manos. Su voz había cambiado visiblemente cuando dijo:

— He aquí una noticia dada sin ambages, señor. ¿Debéis decirme algo más?

— Yo he asistido á sus últimos instantes. Antes de morir, Su Majestad ha firmado este papel, encargándome que lo entregara á Vuestra Gracia.

Hervey tendió el precioso documento á Wellington, quien lo tomó impasible y lo leyó sin mover un solo músculo de la cara. Al terminar, dijo levantando los ojos:

—¿Qué más, señor?

—El Rey me ha encargado asimismo—prosiguió Teddy á quien empezaban á desanimar las maneras glaciales de Wellington—que dijese á Vuestra Gracia que en sus últimos instantes confía su sobrina á vuestro amparo, y os pide que obréis con ella de suerte que vuestra última hora sea tan serena como la suya.

Esta vez el duque de Hierro no pudo disimular su emoción. Temblaron sus labios, y brilló una lágrima en sus ojos.

—Yo acepto este encargo—dijo con voz firme y clara. ¡Y ojalá el Creador obre conmigo como yo me portaré con mi Reina!

Teddy comprendió que la batalla estaba ganada.

La terrible congoja que de unos días acá torturaba su espíritu, se disipaba. Ante aquel rostro fuerte y sosegado volvía á respirar, con la misma tranquilidad que el duque conservara en sus regimientos en cuadro el domingo en que la artillería se abría un terrible camino en sus filas y los coraceros de Francia renovaban sus cargas sin cesar.

Wellington volvió á tomar en seguida el tono severo que le era habitual.

—¿Sabéis qué causa ha movido al Rey á enviarme este documento, señor Hervey?—preguntó.

—Una información que yo mismo llevé al castillo ayer noche—respondió Teddy.

Y, sin aguardar nuevas preguntas, contó brevemente cuanto sabía de la conspiración. Cuando llegó á la alusión hecha á Wellington por Sturmer en su coloquio con el marqués de Londonderry, el duque frunció las cejas y no pudo reprimir un gesto.

—Estoy invitado á una velada en casa del duque de Buckingham esta noche—dijo.—Esos mocitos llevan un retraso de veinticuatro horas.

Cuando Hervey narró su entrevista con el primer ministro, Wellington le interrumpió con un nuevo comentario:

—Lord Melbourne es el único que va á ganar algo con el advenimiento de la reina, y es quien menos pugna por asegurarla. Es un temperamento débil, señor Hervey, y en un hombre

de Estado, éste es el peor de los delitos.

Al saber que lord Hill se negó á intervenir, se dibujó una sonrisa en el rostro severo de su antiguo jefe.

—El miedo á las responsabilidades fué siempre el defecto de Hill. Pero es el mejor general de división que jamás haya tenido á mis órdenes.

Al acabar Teddy su relación, Wellington hizo una breve pausa.

—¿Quién estará con la Reina actualmente, señor Hervey?—preguntó al fin.

—Creo que lord Conyngham y el arzobispo.

—Sin duda llamarán á lord Melbourne. De todos modos, es preciso que hagamos cuanto sea posible. Supongo que vos gozáis de la confianza de la princesa... de la Reina, debemos decir. ¿Creéis poder obtener de Su Majestad una audiencia privada de cinco minutos?

—Lo asegurara.

—Bien.

El duque miró su reloj.

—Las seis. ¿Vuestro carruaje os aguarda?

—Sí.

—Vamos al palacio inmediatamente.

Hervey siguió al duque, y partieron sin que Teddy se atreviese á preguntarle el plan que meditaba.

Media hora más tarde, Ernesto duque de Cumberland, dormía aún. De pronto se abrió con estrépito la puerta de la estancia; despertó el duque y vió á Sturmer entrando precipitadamente.

Venia el barón con la cara livida, aterrada; sus ojos, inyectados de sangre, resplandecían de furor. Sus cabellos estaban en desorden, su vestido maltrecho y polvoriento.

—¡Pronto, pronto, Majestad!—gritó sin poder respirar.—Levantáos. No podemos perder un instante.

Al oír la palabra «Majestad», Ernesto se asustó, y fulguró en sus ojos la luz de la codicia.

—¿Mi hermano ha muerto?—preguntó apartando la ropa de la cama.

—Ha muerto esta mañana á las dos y media. Vuestra Majestad es ya Rey de Hannover, mas si queréis reinar en Inglaterra, es forzoso que



os presentéis en seguida á nuestros amigos.

—¿Cuándo supisteis la noticia?— preguntó el Rey empezando á vestirse, sin perder tiempo llamando á un criado.

La única emoción que sentía era la ansiedad. Ni un indicio de pena fraternal.

—A las tres dadas estaba yo en Windsor, á donde había ido persiguiendo al joven Hervey. (¿Os acordáis de él, Majestad? Harto sospecho que resulte enemigo de cuidado.) Parece que tomaron toda casta de precauciones para evitar que la noticia se propagase por el castillo, pero nuestro agente pudo lograr que llegara á mis manos una nota. Temo de veras, á pesar de todo, que Hervey nos lleve ventaja; he sabido que un carruaje había salido del castillo una hora antes que yo, y sin duda la princesa está ya prevenida.

—¡Lléveos el diablo, Sturmer!— dijo el rey enfurecido.—Me habíais prometido que sería avisado antes que nadie. Ya estarán concertando la reunión del Consejo privado.

No había concluido cuando llamaron á la puerta. Sturmer salió, para volver á poco llevando una carta sellada con las armas reales, y marcada con la palabra «Urgente». Iba dirigida á S. M. el rey de Hannover, duque de Cumberland en el Reino Unido.

Ernesto la abrió entre porvidas; luego vagó por sus labios una sonrisa sarcástica.

—¡Han reunido el Consejo para las once!—exclamó con aire de triunfo.—Evidentemente, nada sospechan. Disponemos de cuatro horas largas. Para entonces nos habremos apoderado del palacio de Kensington.

Sturmer asintió con una inclinación de cabeza.

—Llevamos ventaja—dijo con un suspiro de satisfacción.—Voy á redactar vuestra proclamación mientras os vestís.

Buscó á su alrededor tinta y papel; no los había en la estancia.

—Hallaréis eso al lado—dijo el rey de Hannover, comprendiendo un gesto de Sturmer.—Estaré con vos dentro de dos minutos.

El barón obedeció. Entrando en la

indicada habitación, se sentó á una mesilla, y se puso á confeccionar un documento que empezaba así: «¡Viva el Rey! Nos, Ernesto, por la gracia de Dios rey del Reino Unido de Gran Bretaña y de Irlanda, Defensor de la Fé...»

Mientras se ocupaba en ello, su señor acababa de vestirse á toda prisa. Terminaba ya, cuando, llamaron á la puerta por tercera vez.

—¿Quién va?—gritó enojado.

—¡En nombre de la Reina!—respondieron.

Y antes que Ernesto pudiese hacer un movimiento ó hablar, abrióse la puerta, y el duque de Wellington, seguido de Hervey, penetró en la estancia.



## CAPÍTULO XIV

### RECOMPENSA REGIA

**E**L rey de Hannover miró á los recién llegados con expresión de enojo, disfrazando su secreta inquietud.

—¡Milord Duque! ¿qué significa...?

Wellington avanzó hacia él, y le tendió una hoja.

—Llevo á Vuestra Majestad este documento para que lo firme—dijo en tono resuelto, aunque respetuoso.—Hágolo por orden de la reina—añadió, acentuando las palabras.

Ernesto dió una ojeada al papel sin tomarlo de las manos del Duque. Era una renuncia en buena forma á todo derecho á la corona inglesa,